Nota de campo 106 / observación no participante - Subzona 5: planeta X-δυγ₈.36 - Informe redactado por el nodo de observación LLI-#7

Los documentos a los que en este planeta llaman flextos no son estrictamente mecanismos de comunicación. Se trata de artefactos híbridos, a medio camino entre lo personal y lo ritual, que en muchas de las sociedades matriarcales postcapitalistas estudiadas se producen y distribuyen de forma habitual, pese a que en algunas disponen de redes electrónicas que funcionan de manera intermitente.

Un flexto o flext es un objeto de papel plegado, fácil de manipular con dos manos, aunque poco resistente al viento, la humedad y menos aún el fuego, normalmente adaptado al tamaño de los bolsillos humanos. No tiene batería, no envía notificaciones, no se autodestruye. Puede permanecer años, sin perder demasiadas propiedades, entre las páginas de un libro antiguo, en la guantera de un coche abandonado o el interior de una caja fuerte de cualquier búnker doméstico. Algunos están escritos a mano, otros hallazgos muy recientes son flextos impresos en máquinas restauradas, que combinan técnicas del segundo y el tercer siglo del llamado Periodo Industrial. También hemos recogido muestras de flextos decoradas con pigmentos vegetales; escritas con letra diminuta, sólo legibles con lentes de aumento; caligrafiadas con restos de sangre menstrual; cosidas con cabellos de diferente orígen; perfumadas con salvia; plegadas una y otra vez hasta caber dentro de un puño cerrado.

Los flextos no contienen solo mensajes. Según cómo se usen, contienen principalmente intención. A veces espera. Otras fragilidad compartida. Aunque muchos se aplican de forma

roba, ya muerto y seco por estos parajes de miérda, al menos tendrá que haberme tocado ahí. Hace mucho, muchísimo, que nadie me toca ahí. No sé si volveráś a leerme, o si este flext llegará a alguna parte. Pero escribirlo, una vez más, ayuda a no ahogarme en la desesperación.

Hoy he vuelto a ver la misma piedra. La misma, digo bien, porque en este camino cada elemento se repite. El viento cambia, pero las piedras no. Esta tenía forma de labio cerrado, como los tuyos cuando me escuchas. He comido el último pan de espelta e hinojo que me quedaba. He dormido muy poco, casi nada. Al alba creo haber oído a lo lejos una canción que no conozco. Venía del este, como todo lo que aún me conmueve. He pensado que quizá eras tú, disfrazade de voz. Quizá tú también me escribes, y el mundo no sea más que esto, una escritura dispersa pero compartida mediante la que sobrevivir.

He sido bestia, archivista, juguete, monstruo de feria y, al igual que tú, hombre con fecha de caducidad. Y de todo ello, lo más difícil para mí ha sido intentar entender el mundo post-Violeta, rodeado de mujeres como hierbas salvajes en un huerto abandonado. Ambos nos salvamos por ser niños, indultados al nacer, pese a ser portadores de masculinidad. Entre mis primeros recuerdos, el bosque-escuela donde algunas niñas me miraban como quien observa un reloj antiguo, sin conocer del todo más mecanismos pero interesadas por su simplicidad. Otras me hacían callar con solo un gesto del dedo en los labios, como si mi voz supusiera una forma de contagio.

Me han lavado los pies como ofrenda. Me han hecho caminar descalzo como castigo. En un lugar me dijeron que podía tocar los libros. En otro, que solo podía tocarme a mí mismo. He dormido bajo techos hechos de huesos de otros antes que yo, que tal vez conocí en vida, y en jaulas decoradas con flores frescas. He perdido la cuenta y los nombres de muchas tribus, clanes, familias. Últimamente mi entendimiento cojea y he empezado a escribir con símbolos,

ojalá algún día contribuyan a reinventar otro alfabeto. Me tatuaron las manos con avisos en clave que no elegí, en la época en que me destinaron a ser mensajero. Me han leído la cara como quien interpreta una carta astral manchada por el barro o la sangre. He vivido en el silencio compartido de un insólito único invierno frío, muy de niño, en una cueva o cabaña sin puertas. Y de joven en la euforia coral de un verano sin llamas, usado por demasiados cuerpos como para recordarlos todos.

Ahora que todo pesa menos (especialmente yo) solo me importa saber si te quedarás a leer esto hasta el final. Porque si lo haces, si alguien lo hace, este flext no será solo mío. Ojalá sea mi manera de no desaparecer del todo.

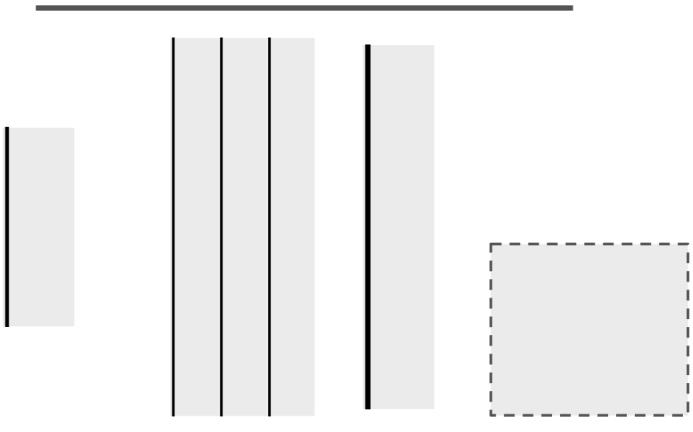
Fragmento de flexto recuperado nº31, comentado por el sujeto Nog sobre la primera ordenanza del Consejo de Reforma Urbana Popular - Archivada durante la Luna de la Ruda del Año 2 de la Transición Violeta (Ruda/002)

«Queda acordado por el 90% de las participantes y, por tanto, expresamente prohibida la persistencia de calles feas. El espacio público debe ajustarse, con flexibilidad pero siempre, a criterios de belleza compartida, verdor salvaje y bienestar emocional. La fealdad sistemática que no entender sin excepción como agresión al bienestar colectivo— será considerada violencia estructural».

Este fragmento histórico de ordenanza comunal se repite últimamente en grafitis, flextos, radios y rituales de memoria por toda Aurora, pues se acerca otro aniversario de los primeros años de los nuevos matriarcados. Hay quien dice que era puro postureo burocrático, deliberadamente majestuoso y a la vez poético. También he oído comentar a alguna de mis superiores que fue un desliz tonal de algún

Esta es la primera Luna de Silencio que vivimos aquí con las nuevas normas comunitarias. Ayer también salió en el círculo el tema de los tatuajes. Parece que algunas de las mujeres mayores consideran que habría que empezar a marcarnos así los años vividos, para que fuese más visible lo que tenemos y lo que debemos. Que si aún conservamos privilegios residuales, al menos queden a la vista de todo el mundo. En mi grupo de hombres hay quien no lo ve claro, pero alguno lo encuentra incluso de justicia poética. Yo no sabría decir. Me cuesta imaginarme con una línea en la frente por cada década vivida, como si fuese una barra de carga vital. Pero también entiendo el porqué. Me miro al espejo, de vez en cuando, y pruebo a dibujarme una con el dedo. No me desagrada. Pero tampoco sé si estoy preparado para verme con cuatro y saber que cuando complete esa década, en fin, caput.

¿Quieres más flextos? Proceden del futuro pero han sido liberados como archivos parciales de un trabajo de observación intergaláctico. Los puedes descargar e imprimir para leer con este código QR.



epistolar entre dos personas, también circulan en tríos postales o en tiradas múltiples. Hay que tener en cuenta que no todo el mundo sabe leer y escribir en estas nuevas sociedades, de modo que a menudo los crean personas con roles concretos de escriba, y luego los flextos son leídos por figuras similares allí donde son recibidos.

Los hay que contienen manifiestos políticos, diarios emocionales, recetas de supervivencia, conjuros o resúmenes de prácticas colectivas; incluso ejercicios de escritura automática que se envían simultáneamente a varias personas o comunidades. Algunas versiones populares que hemos encontrado se preparan en sesiones ceremoniales como los rituales de luna, y se hacen llegar a través de rutas resilientes secretas. Caballos, bicicletas, drones solares, mensajeras que caminan de noche entre bosques y ruinas, como algunas dicen que ya hacían en sueños. Hay quien guarda los flextos como si fueran tesoros. Otras los destruyen tras leídos en la hoguera, para evitar que su palabra perdure más allá de la primera impresión. También sabemos de ejemplares que pasan a formar parte de archivos ocultos, junto con reliquias del mundo antiguo, y se recitan en terapias colectivas, durante vigilias o círculos de memoria.

El sujeto denominado “Noq” (macho humano, probable casta archivista, fase inicial de decadencia vital) acumulaba decenas entre sus pertenencias en el momento de su localización y abducción para el presente estudio, y por tanto está siendo nuestra principal fuente de datos sobre esta materia y práctica. Algunos de sus flextos estaban a medio escribir, con frases interrumpidas, como si su escritura hubiera sido saboteada por la emoción o el cansancio. Otros eran respuestas no enviadas, copias de textos antiguos o prohibidos, hojas de calendario lunar anotadas a mano, o simples fragmentos de monólogos inacabados que, para nuestra grata sorpresa, Noq parece haber confiado sistemáticamente a la persistencia del papel en sus múltiples bolsillos.

Fragmento de diario masculino anónimo recuperado de un antiguo disco duro del centro comunitario “Matina”, Baix Vallès. Entrada #4 — Luna de Silencio del Año 2 de la Transición Violeta (Silencio/002)

Hoy otro compañero de mi círculo de hombres me ha vuelto a decir que tampoco es obligatorio que lo haga, el diario. Que si lo hago es porque quiero, que nadie me obliga. Pero la cuestión es que sí lo siento como una obligación, como una especie de prueba que debo superar cada día. Como una penitencia, o una vacuna, una especie de filtro. No sé bien cómo decirlo. Supongo que no estoy acostumbrado a escribir para leerme después. Y menos aún para que me lean luego grupos de mujeres, como debéis estar haciendo ahora otras usuarias de Matina.

Ayer en una de las asambleas mixtas recordé cómo antes usaba a menudo mi cuerpo y mi buena estatura para ayudarme a ser atendido, escuchado, convencer, intimidar si era necesario. Cómo me sentía de importante (y procuraba transmitirlo) solo por existir, por caminar erguido, por hablar fuerte. Ahora intento estar alerta a todo: cómo miro, cómo respiro, cómo ocupo la silla. Y también cómo lo hacéis vosotras. Y no me quejo, no, de verdad que no.

Pero me cuesta saber qué parte de esto soy yo, todavía yo, y a la vez un nuevo “él”. Y qué parte es el “yo” que me han dicho y repetido y he tardado en comprender hasta saber que ya no puede ser. ¿Me entendéis? Especialmente otros hombres que habéis sobrevivido, que os estáis adaptando y tal vez me leéis: ¿sabéis a qué me refiero? Hoy un compañero me ha dicho que escribo con respeto, y que eso ya es mucho. Me ha hecho sentir bien, pero también extraño. Es como si hubiera aprendido a preparar una explicación o una disculpa para cada abuso o privilegio que recuerdo, y a la vez para futuras meteduras de pata. Y no sé si eso me hace mejor o solo más prudente. Quizá este diario compartido sea para mí eso, un lugar donde poder dudar sin dañar a nadie.

algoritmo, afinando frases con fría eficiencia tras la primera comuna copiloteada con inteligencia sintética.

Por supuesto, muchos de los perdedores de privilegios que aún sobrevivían atrincherados debieron verlo como un “hasta aquí hemos llegado”, en un tiempo en que la primera epidemia de suicidios masculinos sonaba a otro rumor digital —no el virus Troyano mental asincrónico que era en realidad, profundo aunque imperfecto. Pero esta ordenanza es también fragmento de unos tiempos en que los partidos de las mujeres empezaban con escisiones dolorosas, debates semipresenciales interminables y fusiones radicales alrededor de conceptos que hoy resultan clave, casi sagrados, sobre género y sexo. También sobre cuestiones clave como la convivencia y la supervivencia, entre las ruinas dejadas por las culturas petro-patriarcales.

Quienes terminaron de escribirla, pulirla o, al menos, validarla para que llegara a todas partes sabían lo que hacían. Decidieron, como una de las primeras medidas no violentas, reparadoras y biosensatas de los nuevos matriarcados, remangarse y plantar cara. A la absurdidad del asfalto, con flores y comestibles. A la angustia de aquellos tiempos traumáticos, con espacios para pasear, cultivar, respirar y bailar en silencio. A la devastación dejada por la ansiedad y la soledad postdigital, con calles pensadas para encontrarse, hablar y progresar en cura-comuna.

Y con ello, sin necesidad de demasiados detalles ni ejemplos, pues conectaba con mucho de lo que las adultas de casa decían que había que hacer para nuestro futuro, quienes estábamos aún en la infancia empezamos a comprender que algo de un mundo viejo había reventado, y que el nuevo empezaba por las aceras. Al menos en Barcelona, Vallesos y, por contagio, en el resto de ciudades y territorios a golpe de pie, bici, burros o caballos, que es como estas cuestiones fundacionales empezaron a propagarse.

Flexto completo recuperado nº23, escrito por el sujeto Noq - Plegado en cuartillas, tinta azul difuminada, ligeramente humedecido en el borde derecho

Aunque aún me queda sitio en dos bolsillos, guardo este flext dentro de mis viejos calzones raídos. Si alguien me lo encuentra, incluso cuando ya no puedan confiar en la memoria personal o colectiva, continúan escribiendo como si alguien fuera a leerlos. Como si el futuro fuese un espacio habitable para sus voces del pasado. Quizá este sea su defecto epigenético más relevante. O, como un capricho evolutivo prolongado, su acierto casual más extrañamente bello.

Es difícil explicar, incluso para nosotros, cómo una especie evolucionada que ha generado tanta destrucción puede aferrarse con semejante tenacidad a la actividad de la lectoescritura, a priori civilizatoria. Y en esta fase terminal de su recorrido simbólico, a una forma tan breve de la palabra impresa, al gesto de doblar un papel y entregarlo. Como si cada hoja fuese un pequeño talismán contra el olvido, una forma rudimentaria de recuerdo compartido entre ausentes. Como sí, habitantes del fin de su mundo conocido, hubieran decidido seguir escribiéndose. Por si un día, alguien, en algún lugar, decidiera leerlos con la calma y la curiosidad que ellos nunca llegaron ni llegarán a tenerse del todo. Eso nos inquieta especialmente, como cada vez que nos topamos en algún planeta con el azar y la suerte.

A continuación reproducimos el fragmento traducido de uno de los muchos flextos completos entre los que Noq llevaba encima. Una vez extraigamos e limpiantemos su cerebro en el espacio plasmático de estudio de la nave podremos comprobar si continúa desarrollándolo. Siempre y cuando sobreviva a la intervención, claro.